

## DESFACEDOR DE MITOS Y LEYENDAS\*

Santos Juliá

Escribía aquel historiador insaciable que fue Marcelino Menéndez Pelayo, en sus jugosas “Advertencias preliminares” de 1910 a la nueva edición de *Historia de los heterodoxos españoles*, que “nada envejece tan pronto como un libro de historia. Es triste verdad –añadía- pero hay que confesarla. El que guste con dar ilimitada permanencia a sus obras y guste de las noticias y juicios estereotipados para siempre, hará bien en dedicarse a otros géneros de literatura, y no a este tan penoso, en que cada día trae una rectificación o un nuevo documento.” La materia histórica, seguía razonando en un tono sorprendentemente posmoderno el ilustre santanderino, “es flotante y móvil de suyo y el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo y a perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella”. Búsqueda permanente, consciente el historiador de que cualquier nuevo documento que aparezca puede rectificar la mirada sobre una materia, el pasado, que es en sí misma flotante y móvil: en esa cualidad de perpetuo estudio radica toda la sustancia de nuestro oficio de historiadores según lo veía ya hace un siglo Menéndez Pelayo, cuando afirmaba que el primer deber de todo historiador honrado consistía en “ahondar en la investigación cuanto pueda, no desdeñar ningún documento y corregirse a sí mismo cuantas veces sea menester”<sup>1</sup>.

Si hay un género literario que pueda calificarse como contrario a esta manera de ver la historia como búsqueda incansable del pasado, ese género es el mito, seguido de cerca por la leyenda, por no hablar de los cuentos de hadas. Los mitos, que hablan de muerte y resurrección, que narran los orígenes y dan sentido al presente, se fijan de una vez para siempre por la palabra y por el rito, sin dejar a quien los recita o celebra ningún resquicio que le permita alterar

---

· Publicado en Javier Moreno Luzón y Fernando del Rey, eds., *Pueblo y nación. Homenaje a José Álvarez Junco*, Madrid, Taurus, 2013, pp. 23-37.

<sup>1</sup> *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, 1951, pp. 27 y 4.

ninguno de sus elementos. Al contrario de lo que ocurre con las narraciones históricas, los mitos no envejecen, y gozan, frente a la historia, de una ilimitada permanencia, consolidada en prácticas cúllicas o rituales como creencias colectivas que proporcionan sentido a la vida en comunidad. No necesitan que el narrador investigue en su verdad; más aún, la fuerza del mito expulsa de la comunidad de creyentes a quien se atreve a poner en duda o a formular preguntas acerca de la validez de cualquiera de sus elementos, de lo que Levi-Strauss llamó “haces de relaciones”. El mito no se estudia, se cree y se celebra, y en la creencia colectiva y en la celebración ritual encuentra la comunidad su razón de ser, su orden, la base de su continuidad en el tiempo, su camino de salvación. En este punto, ocurre algo similar con las leyendas, que se transmiten oralmente de abuelos a nietos en la placidez de un espacio cerrado –el claustro del castillo tan bellamente evocado por Marc Bloch- al abrigo de cualquier posible perturbación procedente del exterior y que si aceptan alguna variación será siempre en el sentido de reforzar la admiración hacia el héroe ancestral de quien se cuentan grandes hazañas orladas de no menos grandes sufrimientos. Los mitos nos hablan de salvación por la muerte; las leyendas nos narran los trabajos del héroe. Al cabo, mitos y leyendas nos acercan un pasado inmutable y eterno en el que encuentra sentido nuestro presente.

Mito y leyenda han gozado de buena salud derivada de la necesidad de sentido que han experimentado hasta la desacralización o desencantamiento del mundo todas las comunidades humanas. De ahí su origen fuera del tiempo histórico y su exigencia de inmutabilidad. De ahí también que la historia, desde el mismo momento de su aparición como indagación de lo realmente ocurrido en ese mundo extraño que es siempre el pasado, haya exigido emigrar desde la comunidad de nacimiento o de pertenencia al ancho mundo desconocido. Le ocurrió al primero de los historiadores, Heródoto, que emprendió varios viajes a pueblos extraños para dejar testimonio de lo que unos y otros decían acerca de sus conflictos y sus guerras. Para iniciar su indagación, Heródoto tuvo que cerrar los oídos a las voces ancestrales, liberarse de los relatos míticos que hasta él habían llegado, abandonar la ciudad que le vio nacer, salir de su patria, recorrer el mundo, viajar al encuentro de los bárbaros, tomar nota de lo que persas y griegos dijeron acerca de cómo habían sucedido las cosas y dar cuenta de todo en una narración que se ocupa “por igual de las pequeñas y de las

grandes ciudades de los diferentes pueblos” y evitar así “que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- queden sin realce”<sup>2</sup>.

Las advertencias preliminares de Menéndez Pelayo y la indagación de Heródoto me vienen a la memoria cuando me pongo a escribir unas líneas sobre el mejor de los profesores que tuve la suerte de encontrar en los cursos de doctorado de la Universidad Complutense, avanzados los años setenta del siglo pasado. Desde aquel momento, y más adelante, pude percibir en el profesor Álvarez Junco las cualidades que definen al historiador de cuerpo entero: la insatisfacción con las explicaciones recibidas, la urgencia de salir de la ciudad propia, de las tradiciones familiares, el manejo de multitud de documentos, la afición y el gusto por el debate, la disposición de permanente aprendizaje, de estudiante perpetuo que busca la verdad en cualquier resquicio en que pueda encontrarse. Para eso, era preciso poner tierra por medio, viajar a tierras entonces más extrañas –Inglaterra, Estados Unidos-, mirar la casa propia desde la distancia, dudar sistemáticamente de los mitos y de las leyendas recibidos, de los que nuestra generación, la de nacidos poco después de terminada esa gigantesca fábrica de construcción de mitos y leyendas que fue, y continúa siendo, la guerra civil de nuestros padres, que don Marcelino habría llamado quizá de los tres años para distinguirla de la otra guerra civil que él bautizó como de los siete años, la librada entre liberales y carlistas, la guerra civil que nos sirvió de cuna y que, como la cosa siga así, acabará por cubrirnos con su larga sombra como mortaja.

Desde aquellos tiempos en los que Álvarez Junco era mi profesor y yo su aplicado alumno, y debatíamos en el seminario de doctorado si la relación establecida por Lenin entre el Partido bolchevique y los sindicatos era o no la de correa de transmisión consolidada para siempre por los partidos comunistas desde los tiempos de Stalin, pude advertir su capacidad para someter a crítica las interpretaciones recibidas, no dar nunca nada por definitivamente establecido, para ofrecer, tras muchos años de investigación y estudio, y como él mismo ha escrito, “respuestas parciales, porque cualquier explicación tajante y

---

<sup>2</sup> Heródoto, *Historia*, trad. de Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1984, p. 85.

global estaría condenada al fracaso”<sup>3</sup>. Lo admirable, visto al cabo de los años desde entonces transcurridos, es su permanente disposición a explorar nuevos campos y recorrer diferentes caminos, los giros que ha impreso a sus investigaciones, la crítica a los relatos heroicos, y la virtud de hacerlo siempre sin la “excesiva acrimonia e intemperancia en la expresión” que Menéndez Pelayo lamentaba de sus años mozos, lejos aun de aquella “serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea”, esto es, aunque sea la historia que corre siempre el riesgo de convertirse en arma política en manos de los “public historians”, que escriben con la vista y la escritura puestas al servicio de una determinada “constituency”, sea una gran corporación, un museo, un partido, un gobierno, un parlamento, una clase, una nación<sup>4</sup>.

Quizá sea en esa disposición que lo define como debelador de mitos y leyendas donde haya que buscar el sucesivo interés de Álvarez Junco por el anarquismo, el populismo y el nacionalismo, o de otra forma dicho, por esos tres grandes sujetos de la historia, tan propensos a tramar sobre ellos grandes relatos, que han sido la clase obrera, el pueblo y la nación y que dieron lugar, en sus manos, a tres obras fundamentales de la historiografía española de las últimas décadas: *La ideología política del anarquismo* (1976), *El Emperador del Paralelo* (1990) y *Mater dolorosa* (2001). Ha sido un largo y muy fructífero viaje que le ha llevado de la historia de las ideas a la historia cultural pasando por la historia de los movimientos sociales, manteniendo en sus tres mayores empresas, sin embargo, y para gran frustración de quienes nos hemos dedicado preferentemente al siglo XX, una característica común: todas ellas se detienen en torno a 1910, como si su autor sintiera a la llegada de esa fecha un desfallecimiento de su interés, como si lo sucedido después de 1910 con el anarquismo, con Lerroux y el populismo y con los mitos liberal y católico de la nación española perdiera aquel punto de fascinación que le movió a dedicarles a cada uno por término medio diez años de su trabajo de historiador. O tal vez,

---

<sup>3</sup> En la “Introducción” a *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990, p. 11.

<sup>4</sup> Peter Novick, “Every group its own historian”, capítulo 14 de *That noble dream. The “objectivity question” and the american historical profession*, Cambridge, Ma., Cambridge University Press, 1988, pp. 512-521. (Al traducir en múltiples ocasiones <public history> por <historia oficial>, la edición en español de este libro provoca una lamentable confusión sobre el significado del concepto a que se refiere Novick.)

como si aquella fecha fuera el límite que, una vez traspasado, convertiría necesariamente la Historia en “arma de controversia política” como achacaba Menéndez Pelayo al jesuita Masdeu y al apóstata Llorente.

¿Podría ser de otro modo? ¿Podría la historia de estos tres sujetos que llenan con sus proezas el siglo XIX, el siglo del Romanticismo y del pueblo como alma, de la Revolución Industrial y de la clase obrera como promesa de emancipación universal, de la Nación como origen y horizonte, o como destino –según decían los fascistas-, verse libre de controversia política cuando se trata de España? Es claro que no, que un país, una nación, que ha sufrido en solo un siglo, “la guerra de Independencia, dos o tres guerra civiles, varias revoluciones, una porción de reacciones, motines y pronunciamientos de menor cuantía, un desbarajuste político y económico que nos ha hecho irrisión de los extraños, el vandálico despojo y la dilapidación insensata de los bienes del clero”<sup>5</sup>, etc., etc., no está en condiciones de disfrutar de un acuerdo sobre su pasado como nación y como Estado ni sobre sus símbolos. Todo lo más a que podrá aspirar es a que coetáneas visiones o sucesivas construcciones de ese pasado de nación, pueblo y clase obrera, compitan sin necesidad de llegar a las manos ni entrar en una guerra civil de palabras, al modo en que se dividieron los espíritus entre germanófilos y antigermanófilos hacia 1916 o, veinte años después, en una guerra civil por las armas. En todo caso, al enfrentarse a esos tres grandes sujetos, Álvarez Junco lo hizo siempre pertrechado de las armas propias de historiador, la primera y principal, tender un manto de duda metódica sobre todo lo recibido en la comunidad de aprendizaje, único resorte posible para, tras agradecer la herencia de sus maestros<sup>6</sup>, salir de casa y emprender por sí mismo, al modo de Heródoto, su personal indagación.

De esa duda, cuando se trata de la clase obrera y de su contraparte, la burguesía, las controversias entre historiadores se llevaron la palma frente a las polémicas políticas: si la burguesía y la clase obrera fueron, no fueron, o hasta qué punto fueron sujetos de revolución fue cuestión gremialmente muy

---

<sup>5</sup> Este párrafo es también de Menéndez Pelayo, qué le vamos a hacer.

<sup>6</sup> Especialmente de los profesores José Antonio Maravall, en “Maravall, la rabia y la idea”, *El País*, 24 de diciembre de 1986, y Luis Díez del Corral, en “Prestancia”, *El País*, 14 de abril de 1998. Todos los artículos de José Álvarez Junco publicados en *El País* son accesibles en [http://www.elpais.com/autor/jose\\_alvarez\\_junco/a/](http://www.elpais.com/autor/jose_alvarez_junco/a/)

debatida pero de la que el gran público pasaba. Y en la comunidad de historiadores, enseguida destacó nuestro hombre dando una muy temprana vuelta a la revolución burguesa, que en cierto modo complementaba su –y la de Manuel Pérez Ledesma– llamada a una segunda ruptura en la historia del movimiento obrero<sup>7</sup>. Corrían los años ochenta cuando cierto marxismo, de corte más bien vulgar, disfrazaba con tesis sobre las fases del proceso histórico y de las sucesivas formaciones sociales una historia positivista de corte más bien tradicional, que Álvarez Junco calificó de “empirismo ingenuo”, propio de “quien cree que los hechos son objetivos [...] y que la tarea científica consiste en su paciente recogida y acumulación para proceder más tarde a su elaboración y presentación en un marco intelectual adecuado”. Los hechos, escribió, “son en sí mismos una creación intelectual, sólo surgen como respuesta a determinadas preguntas cuya formulación marca ya fuertemente el rumbo de los resultados”<sup>8</sup>. Es una afirmación a la que se mantendrá fiel a lo largo de toda su vida y a la que será preciso volver más adelante, cuando no sea ni la revolución burguesa ni el anarquismo o el populismo lo que más le importe sino la nación.

En los años ochenta, proceder a una segunda ruptura en la historia del movimiento obrero y dar una vuelta a las revoluciones burguesa y proletaria tenía, entre otros más caseros, un evidente propósito más público: evitar la manipulación política a la que quedaban sometidos los conceptos mal definidos científicamente. Apenas se hablaba entonces todavía del uso político de la historia, pero en la crítica del concepto, muy habitual entre historiadores, de revolución burguesa, Álvarez Junco destacaba su origen en el planteamiento del Partido Comunista de España con su denuncia de la República instaurada en 1931 como “farsa política que ocultaba la dictadura de clase bajo una fachada democrática” y su posterior deslizamiento, por mandato de la Internacional, hacia el postulado del carácter inconcluso de la revolución democrático-burguesa en España. Conceptos historiográficos sobre el pasado construidos al servicio de estrategias políticas del presente: un cambio en éstas bastaba para

---

<sup>7</sup> Con Pérez Ledesma, “Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?”, *Revista de Occidente*, 12 (abril 1982), pp. 19-41; en solitario, “A vueltas con la Revolución Burguesa”, *Zona Abierta*, 36-37 (julio-diciembre de 1985), pp. 81-106. En el mismo número, Pérez Ledesma procedía a un ejercicio semejante al plantear la cuestión sobre “El proletariado y las “revoluciones proletarias”, pp. 107-129.

<sup>8</sup> “A vueltas...”, p. 81.

modificar aquellos, en ocasiones de manera radical, como ocurrió en la República con el PCE y sus epígonos con sus teorías sobre la formación social española, y como volverá a ocurrir con la estrategia de reconciliación nacional elaborada en 1956 sobre la contradicción entre la burguesía nacional y la burguesía monopolista o, como recordaba Álvarez Junco a propósito del Manifiesto-programa del PCE de 1975 y su visión de España como una sociedad capitalista en la que se desarrolla una contradicción entre la “gran mayoría de la población y la minoría oligárquica monopolista” que serviría de base de un periodo de transición que habría de ser guiado por un gobierno de amplia coalición.

Estos trabajos sobre la clase obrera y la burguesía dieron lugar a muy fructíferos debates, que no afectaron mayormente a los políticos del momento, ocupados en otros menesteres, pero que obligaron a plantear de nuevo a la comunidad de historiadores de qué exactamente se hablaba cuando se postulaba que una revolución burguesa había tenido lugar en España entre 1834 y 1843, o cuando se alargaba su duración a nada menos que los tres cuartos de siglo que median entre la invasión de los franceses en 1808 y la restauración de los Borbones en 1875. El mito de la clase obrera como sujeto de emancipación universal se disolvió en el aire de manera imparable a medida que la gran creación de la vanguardia proletaria, el Partido Comunista de la Unión Soviética, entraba en barrena arrastrando en su caída al Estado faro, Estado guía del socialismo realmente existente marcando el camino por donde antes o después habría de transitar toda la humanidad. La década de 1980, con la ofensiva conservadora, el hundimiento del socialismo real y la proclamación enfática de la democracia como horizonte irrebasable de la política, al modo en que el marxismo había sido declarado la irrebasable filosofía de nuestro tiempo<sup>9</sup> treinta años antes –todo ello en París-, volvió por completo inutilizables para la controversia política los conceptos de revolución burguesa y de revolución proletaria como elementos de la teoría de una práctica o como fases de una historia determinada en última instancia por la contradicción entre el modo de producción y las fuerzas productivas.

---

<sup>9</sup> “Je considère le marxisme comme l’indépassable philosophie de notre temps” : Jean Paul Sartre, “Préface” a *Critique de la raison dialectique* (précédé de *Questions de méthode*”, París, Tomo I, 1960, p. 9.

Y ocurrió entonces lo que parecía impensable en los años sesenta, años de nuestro (nuestro, quiero decir de los que nacimos no mucho después de la derrota de la República española a manos de la Nación católica) despertar a la política, cuando la democracia era todavía el último baluarte de la dominación burguesa y la clase obrera iba al paraíso. Lo impensable fue que mientras los comunistas se desmoronaban, los socialistas se dedicaron a consolidar la democracia gobernando como “jóvenes nacionalistas”, según la temprana y muy divulgada definición de los funcionarios del Departamento de Estado de Estados Unidos<sup>10</sup>. Lo impensable fue que nacionalismo y nación, resucitando de las ruinas de las dos grandes guerras, volvieran a ocupar la primera posición en el interés de historiadores y políticos, arruinando la segunda de las dos grandes profecías de Eric Hobsbawm, que las naciones y, de rechazo, los nacionalismos, habían “dejado atrás su punto más alto” y sentían ya la lechuza de Minerva volando a su alrededor en círculos concéntricos<sup>11</sup>. Lo que de ninguna manera hubiéramos podido imaginar cuando teníamos 25 años de edad estaba ocurriendo bajo nuestras miradas, cuando habíamos rebasado ampliamente los 50: mientras los mitos de la clase y del pueblo como sujetos de la historia se disolvían en el aire, los mitos de la nación, y toda la legendaria parafernalia que le servía de adorno, perduraban y se fortalecían más allá, mucho más allá, del tiempo y de las culturas en las que tuvieron su origen. La nación, destinada a desaparecer por el sumidero de la historia cuando éramos jóvenes, retornaba al primer plano cuando vislumbrábamos la vejez, mientras la clase obrera, destinada a inaugurar la verdadera historia, hacía mutis por el foro y el pueblo aún esperaba su resurgir bajo la guía carismática de líderes latinoamericanos.

Álvarez Junco pudo comprobar de primera mano este nuevo interés por la nación cuando, tras la culminación de sus trabajos sobre Lerroux y el populismo con la publicación de un libro que contiene varios capítulos ciertamente memorables, comenzó a tomar nota de que el nacionalismo había adquirido en la historiografía y las ciencias sociales de Estados Unidos una posición central. Era desde 1992 titular de la cátedra Príncipe de Asturias,

---

<sup>10</sup> Y de la que se hizo eco Francisco Umbral, “Los jóvenes nacionalistas”, *El País*, 17 de diciembre de 1982.

<sup>11</sup> Eric J. Hobsbawm, *Nación y nacionalismo desde 1870*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 197.



integrada en el departamento de Historia de la Universidad de Tufts y director del Iberian Study Group en el Minda de Ginzburg Center for European Studies de la Universidad de Harvard, lugares sembrados de maravillosas bibliotecas donde colmar la curiosidad por lo que se cocía entre los historiadores americanos. Y allí se cumplió una vez más lo que ha ocurrido con tantos españoles que han pensado España desde la distancia: que los procesos que marcan la historia de otros Estados, de otras naciones, sirven como espejos en los que contemplar España desde la lejanía para entender lo ocurrido en ella como un caso más, diferente, pero no excepcional, normalmente con una variable ración de atraso y no pocas sangrientas digresiones respecto a lo ocurrido en otras cercanas latitudes. “Las sugerencias para el caso español brotan de cada capítulo del libro, si no de cada página de la obra de Greenfeld”, escribió Álvarez Junco en la primera reseña bibliográfica enviada desde Tufts, en la que daba cuenta, con su habitual dominio del género de *book review*, de las múltiples lecturas que sobre nación y nacionalismo iba realizando en Estados Unidos<sup>12</sup>.

De manera que su interés por la nación y la identidad española se incubó y desarrolló, si no lo entiendo mal, en la verde placidez de un campus americano situado a varios miles de kilómetros de distancia de Madrid, con la lectura de “los historiadores que se habían sumado al esfuerzo investigador de sociólogos y politólogos por renovar los términos del problema” planteado por los nacionalismos y la formación de naciones. De hecho, si en los años setenta su indagación le había llevado al corazón del anarquismo, y en los ochenta le había sumergido en el populismo, a partir de mediados de los noventa, el interés por la nación y el nacionalismo aparece con progresiva frecuencia en sus trabajos hasta alcanzar plena madurez en su libro doble y merecidamente laureado, *Mater dolorosa*, subtulado a la antigua usanza -¿tal vez como tributo a sus maestros?- *La idea de España en el siglo XIX*, aunque mal podría decirse de él que contenga la historia de una idea cuando en realidad es la historia de la construcción de una, o mejor, dos identidades nacionales, la liberal y la católica. En el salto de la idea (anarquista) a las identidades (españolas), Álvarez Junco

---

<sup>12</sup> De lo que dio cuenta en “Ciencias sociales e historia en los Estados Unidos: El nacionalismo como tema central”, *Ayer*, 14, *La historia en el 93*, Manuel Pérez Ledesma, coord., 1994, pp. 62-80.

era fiel al espíritu de los tiempos, que había mudado la dedicación prioritaria al estudio científico de estructuras y procesos –y derivadamente al *state-making*– por el interés hacia las culturas e identidades –y complementariamente al *nation-building*. En su caso, las ideologías y los movimientos sociales, sin desaparecer de la escena, cedieron la primera línea a su preocupación por la nación y los nacionalismos. Una mirada a sus publicaciones y a sus numerosas participaciones en coloquios y ciclos de conferencias muestra bien que a partir de mediados de la década de 1990, las voces nación, nacionalismo, identidad nacional, identidad española, nacionalización, construcción nacional, desplazan a todo lo demás hasta convertirse en plenamente hegemónicas en la década siguiente.

Lo interesante es que ese descubrimiento aconteció, como digo, lejos de Madrid, en Tufts, e inmerso Álvarez Junco en una serie de estudios de procesos o vías hacia las diversas formas de construcción nacional en los que España ni siquiera aparece o, cuando lo hace, es de manera hartamente decepcionante, como son decepcionantes también las tristes páginas que Tony Judt dedica a España en su soberbia *Postwar*. Leer a Greenfeld, a Anderson, a Hobsbawm, a Gellner y a todos los demás no podía dejar de producirle cierta picazón a la par que un poderoso estímulo. La picazón consistía en no encontrar en ninguno de ellos referencias directas al proceso del que uno mismo es parte; el estímulo, en suscitar la decisión de emprender un estudio semejante relativo al proceso español de construcción nacional como un caso más de los muchos sobre los que ya existía una amplia bibliografía. Mirado desde fuera, sin sentir sobre las espaldas, más aún, desechando expresamente toda la problemática de lo que él mismo denominó “falso problema español”<sup>13</sup>, Álvarez Junco estaba en la mejor situación y en la más estimulante posición para acometer el estudio de ese proceso como un caso más entre otros, libre de aquella especie de angustia que impidió romper a tantas cabezas ilustres los barrotes de la excepcionalidad española: pensar desde Tufts la “idea” de España, no sometiéndola a una comparación con el resto sino como un caso más de “construcción de nación”.

---

<sup>13</sup> En el décimo aniversario de la muerte del profesor Maravall, Álvarez Junco publicó en *El País*, 21 de diciembre de 1996, “El falso problema español”, destacando la “obsesión” de su maestro por ofrecer “una interpretación de la historia de España en la que ésta apareciera como ‘normal’, homologable a los modelos europeos”.

“Las naciones no *son*, se hacen”, escribió Antonio Domínguez Ortiz en 1969<sup>14</sup>. Y será al estudio de ese hacerse –construirse, imaginarse, inventarse- de la nación española a lo que Álvarez Junco dedicará lo mejor de su curiosidad, sus energías y su inteligencia desde que iban mediados los años noventa hasta la fecha. El resultado es abrumador y no intentaré siquiera una ligera síntesis, que no podría hacerle justicia. Lo que importa para el argumento de mi homenaje a quien fuera mi profesor, es que con la nación y el nacionalismo, a diferencia de lo ocurrido con las clases obrera y burguesa y con el pueblo, Álvarez Junco no solo desbrozaba un campo hasta su llegada muy virgen todavía en la historiografía española sino que, por el mismo objeto de la indagación, se introducía con una obra mayor en un debate, ahora sí, de tan amplias repercusiones públicas que desde los años noventa ha desbordado el campo de la historia para invadir el campo de la política. Y lo hacía, como no podía ser de otra forma, con las armas propias del historiador, zafándose de las redes que envuelven con el reclamo de lo natural lo que en definitiva es un producto político-cultural construido en el tiempo, las naciones, que, en efecto, no son, pero se hacen.

Pero el *hacerse* de las naciones *en* el tiempo quiere decir que *con* el tiempo, y si las condiciones son propicias, si los discursos de los intelectuales son eficaces, y si las estrategias de los políticos son acertadas, *llegan a ser*, un proceso que a pesar de todas las profecías que daban por finalizado el tiempo de la formación de naciones y saludaban con cierto alborozo el fin de la forma de Estado que les había servido de gran truchimán, ha continuado aceleradamente su curso bajo nuestra mirada. En España, hemos tenido la oportunidad de asistir a una auténtica primavera de naciones desde que los partidos nacionalistas de Cataluña, Euskadi y Galicia firmaron en 1998 una solemne declaración en la que denunciaban la falta de reconocimiento jurídico-político de sus respectivas realidades nacionales y su voluntad de avanzar hacia un Estado plurinacional, pluricultural y plurilingüe. A raíz de estas declaraciones y de los textos de trabajo que les sirvieron de soporte, la exigencia de reconocimiento de las diferentes realidades nacionales germinadas en el

---

<sup>14</sup> En “Reflexiones sobre las ‘dos Españas’” [1969], recogido en *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Madrid, Siglo XXI, 1973, pp. 246-268.

territorio del Estado español bajo el nombre de nacionalidades y/o regiones ha ocupado un lugar de preferencia en el debate público que no podía dejar de interpelar a los historiadores.

Álvarez Junco ha participado en ese debate, y lo ha animado, en su calidad de historiador y como director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, una institución somnolienta que despertó de un largo sopor al ritmo de su batuta. Como era de esperar, cuando en política se emprende el camino de una revisión constitucional que afecta a la definición del sujeto mismo de la soberanía, quedaron abiertas todas las ventanas de oportunidad para multiplicar los usos públicos de la historia, que ya habían crecido lo suyo al socaire de los debates parlamentarios, los proyectos de ley y las leyes memoriales con la intervención de no pocos historiadores en el papel de auténticos “public historians”, o sea, construyendo relatos sobre el pasado al servicio de las políticas del presente, no siempre con el rigor que podría esperarse, y exigirse, de su oficio de historiadores<sup>15</sup>. La reivindicación de reconocimiento por el Estado de algunas de las comunidades autónomas como naciones se basaba invariablemente en la afirmación de su existencia como tales “antes incluso de la aparición de las formas modernas de estado en Europa”, lo que quería decir que los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos firmantes de la Declaración de Barcelona consideraban que Cataluña, Euskadi y Galicia eran naciones antes de que los modernos estados francés o español vieran la luz<sup>16</sup>. De ahí derivaban un derecho histórico no ya a la autonomía dentro del Estado sino, por el momento, a la constitución del Estado como plurinacional en el sentido de que cada entidad reconocida como nación era depositaria de soberanía. Desconcertado ante esta demanda pero extremadamente convencido de su capacidad para encauzarla, la política adoptada por el gobierno del PSOE presidido por José Luis Rodríguez Zapatero consistió en fomentar la reforma de

---

<sup>15</sup> Me refiero concretamente a la bella lección de historia nacional en género de cuento de hadas impartida, con asesoramiento de historiadores profesionales, en el preámbulo de la Ley 13/2007, de 31 de octubre, de Memorial Democrático, aprobada por el Parlament de Catalunya, *Boletín Oficial del Estado*, 284, 27 de noviembre de 2007, pp. 48.487-48.489.

<sup>16</sup> Bloque Nacionalista Galego, Partido Nacionalista Vasco, Convèrgencia i Unió, “Declaración de Barcelona. Texto de trabajo”, Barcelona, 16 y 17 de julio de 1998, y Comunicado de la Declaración de Barcelona, 23 de marzo de 2000.

los respectivos estatutos de autonomía con el resultado final de transformar el horizonte de estado plurinacional en el que esas reivindicaciones se habían formulado en una reclamación pura y simple de independencia y creación de un Estado propio por los nacionalistas catalanes.

Algún día alguien analizará las relaciones entre la historia como conocimiento del pasado y la política como uso del pasado que han alimentado el debate público en España desde que aparecieron, más o menos al mismo tiempo, esto es, desde finales de la década de 1990, los movimientos por la recuperación de la memoria histórica y las reivindicaciones de Estado plurinacional rápidamente reconvertidas en demandas de separación e independencia, unidas ambas movilizaciones por el común objetivo de denuncia del Estado construido desde la transición política a la democracia. No es momento ni lugar de emprender o de continuar ahora semejante análisis. Pero, por lo que se refiere a la participación del profesor Álvarez Junco en el debate sobre la nación, su manifiesto propósito consistió en resaltar la condición “provisional e inestable” de las naciones para dejar abierta la posibilidad, inherente a cualquier creación humana, “de que evolucionen, desaparezcan, surjan otras nuevas, cambien de denominación o categoría”. Le parecía que lo importante “en un terreno tan etéreo y tan subjetivo es la negociación política y el pragmatismo”, mientras que lo absurdo sería “encastillarse en posiciones fundamentalistas y en defensas numantinas de nombres o entes inconvertibles”<sup>17</sup>.

Pero, como muy bien titulaba Justo Beramendi una sección de su participación en el debate sobre *el nombre de la cosa* planteado por Álvarez Junco como director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: “La nación, o cómo la idea, a fuer de imaginada, puede llegar a cosa”<sup>18</sup>. Y hasta podría añadirse que, en ocasiones, el hecho de que la nación sea más imaginada que construida a partir de una tradición la vuelve todavía más cosa, más real, si por realidad se entiende el ser exterior al sujeto que la piensa, la imagina o la

---

<sup>17</sup> José Álvarez Junco, “La disputa nominalista”, *El País*, 28 de junio de 2005.

<sup>18</sup> Justo Beramendi, “Las cosas tras los nombres. Semántica y política en la cuestión nacional”, en José Álvarez Junco, Justo Beramendi y Ferran Requejo, *El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005, p. 85

construye. Estados Unidos de América, decía Tony Judt en una larga conversación que ningún historiador debe ignorar, es, de los países que se consideran naciones, el más inventado de todos porque fue “literalmente creado de forma deliberada por un puñado de intelectuales que lo describieron, lo definieron y decidieron cómo debía ser.” Y añadía: “el hecho de que fuera inventado lo hace mucho más real para que la gente se identifique con él”, mientras que la mera facticidad de países como Francia o España permite a franceses o españoles disociarse más fácilmente de cualquier identificación abstracta de la nación o el Estado sin perder ningún sentido de su identidad; simplemente “son franceses o españoles. No necesitan la bandera”<sup>19</sup>. Bueno, no todos y no siempre, que de banderas hemos quedado más que hastiados los españoles; pero, en definitiva, los productos de cultura no son ni más ni menos reales que los de naturaleza y el hecho de ser culturalmente creada no hace a la nación menos real que si hubiera sido un producto de la naturaleza, o una construcción *naturalizada* tras un largo proceso de gestación.

Partiendo, pues, de esa realidad construida que son las naciones, lo que queda como tarea del historiador es dar cuenta, zafándose de mitos y leyendas, de los procesos que han conducido a su formación. Todo lo demás es política, o sea, lucha por el poder de Estado. Inevitablemente, al dar cuenta del proceso de *nation-building*, el historiador se introduce, porque vivimos en un sistema mundial de estados, no de naciones, en el debate público sobre el *state-making*, convirtiéndose en intelectual con una también inevitable connotación: su propósito de influir en la opinión pública o de intervenir como actor del proceso político a partir de su dominio del campo en el que es experto poniéndolo al servicio de un objetivo o propósito político. En cualquier forma de comunidad o de sociedad humana, el pasado, como relato mítico, como narración legendaria o como conocimiento histórico es parte del presente, lo informa, le proporciona orden y sentido, le desbroza caminos de futuro. Es propio de las comunidades y sociedades humanas, por tanto, el uso del pasado por quienes tienen el poder de narrarlo y difundirlo, sea el anciano de la tribu, sea el gobierno del Estado, cada cual con el propósito que le es propio. Lo específico del oficio de historiador consiste, a mi modo de ver, en una permanente indagación en esa materia

---

<sup>19</sup> Tony Judt con Timothy Snyder, *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012, p. 288.

flotante y móvil que es de suyo la historia para ofrecer a sus conciudadanos un “conocimiento desinteresado” de ese pasado, un conocimiento, quiero decir, libre de cualquier mesianismo, aunque sea “secularizado”; libre, pues, de mitos y leyendas<sup>20</sup>. Creo que el profesor, primero, colega después, y siempre amigo José Álvarez Junco puede mirar atrás y sentirse del todo satisfecho por su ejemplar cumplimiento de esta tarea.

---

<sup>20</sup> “La historia es conocimiento desinteresado y no colecciones de recuerdos nacionales o dinásticos”: Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1971, p. 52. Propuesta de un marxismo como “mesianismo secularizado”: Enzo Traverso, “Marx, la historia y los historiadores. Una relación a reinventar”, *Pasajes*, 39, otoño 2012, 88-89.